

06

DOI: <https://doi.org/10.14483/2422278X.24116>

PENSANDO REGIONES
Artículo de investigación

Mi Ciudad como Metáfora de Vida: Emociones y Resistencias ante la Injusticia Epistémica

My City as a Metaphor for Life: Emotions and Resistance to Epistemic Injustice

María José Córdoba Rebolledo¹
Colombia



Para citar: Córdoba Rebolledo, M. (2025). Mi ciudad como metáfora de vida: emociones y resistencias ante la injusticia epistémica. *Revista Ciudad Paz-ando*, 18(2), 89-100. doi: <https://doi.org/10.14483/2422278X.24116>

Fecha de recepción: 15/09/2025
Fecha de aprobación: 09/11/2025

¹ Doctoranda en formación en diversidad de la Universidad de Manizales. Magíster en Educación Inclusiva e Intercultural de la Universidad El Bosque. Socióloga de la Universidad Popular. Docente de la Secretaría de Educación de Valledupar e investigadora popular. Correo: mcordo-ba113007@umanizales.edu.co. ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-7946-4850>

RESUMEN

Esta experiencia reflexiva camina las calles de Valledupar en el departamento del Cesar (Colombia), un territorio que en el texto se encarna en una metáfora resiliente y disruptiva, la de las mujeres como sujetas que construyen ciudad. Los pensamientos aquí reunidos son saberes del convivio en diálogos con autoras y autores que han nombrado desde una mirada crítica y otras feministas los fenómenos que, en el trasegar de la ciudad, entrelazan con la vida de quienes la habitan. Esta apuesta se sitúa desde las emociones, los sentidos y los significados, y constituye un marco de resistencia frente a las injusticias que los poderes hegemónicos perpetúan en lo urbano. El posicionamiento de las personas, en particular el de las llamadas “cañahuateras”, que emerge desde fragilidades y pobreza, permite construir espacios comunitarios y populares, donde se teje un mapa afectivo alterno que, desde la digna rabia, resignifica y dignifica la vida urbana en este pedazo del Caribe colombiano.

Palabras clave: Cañahuateras, emociones, resistencia, injusticia epistémica, ciudad.

ABSTRACT

This reflective experience walks the streets of Valledupar, in the department of Cesar (Colombia), a territory that in this text takes shape through a resilient and disruptive metaphor: women as subjects who build the city. The reflections gathered here emerge from everyday forms of shared knowledge and dialogue with authors who, from critical and feminist perspectives, have named the phenomena that, in the daily movement through the city, intertwine with the lives of those who inhabit it. This approach is grounded in emotions, senses, and meanings, and it stands as a framework of resistance against the injustices that hegemonic powers reproduce in urban spaces. The positioning of people, particularly the women known as *cañahuateras*, emerges from conditions of vulnerability and poverty, yet enables the creation of community-based and popular spaces where an alternative affective map is woven. From a place of dignified anger, this map redefines and restores dignity to urban life in this part of the Colombian Caribbean.

Keywords: Cañahuateras, emotions, endurance, epistemic injustice, city.

Introducción

La ciudad es más que calles, edificios y avenidas; es un cuerpo vivo que respira, recuerda, resiste, florece y también duele. Valledupar ha sido narrada desde las leyendas que guarda la sirena en el río Guatapurí, las figuras literarias expresadas desde la caja, guacharaca y el acordeón y las fiestas patronales que ilustran la ciudad. Sin embargo, existen otras formas de habitar, de vivir y de construir ciudad, como las voces de las mujeres de barrios periféricos populares, de comunidades afrodescendientes, que sostienen el andar de la vida con emociones, resistencia, re-existencia y memoria.

Pensar la ciudad como metáfora de vida es reconocer que la existencia no termina en planos físicos o en la racionalidad técnica de los planes de ordenamiento urbano, también se nutre de la colectividad, de las emociones encarnadas en los cuerpos que se tejen al caminarla, al disputarla, al amarla y también al llorarla. Como afirma Souza (2002), el derecho a la ciudad no se reduce al consumo de los espacios planeados para el goce o el disfrute, es decir, meros servicios urbanos. Se trata, sobre todo, de las posibilidades de reinventar la ciudad como una obra colectiva, es un proyecto político de emancipación social. El autor plantea que “sin la capacidad de transformar el espacio urbano, el llamado ‘derecho a la ciudad’ se vacía y se convierte en un eslogan inofensivo.” (Souza, 2002, p. 45)

Desde este marco, Valledupar se vacía el pasado 28 de enero del 2025 cuando el movimiento estudiantil se suma al proceso coyuntural de resignificar lo que las madres colombianas ya habían hablado, mediante el mural “las cucas tienen razón”, pero este fue censurado; es muestra de lo limitante que es habitar la ciudad. El mural pudo ser restaurado como muestra de la re-existencia, pero es evidente las acciones revictimizantes que desde los principios hegemónicos de habitar la ciudad se impulsan para silenciar a los de abajo. De esta manera, se pudo demostrar que la censura de las voces de los movimientos que acompañaron el dolor y la lucha por la verdad de las madres fue sistemática en las ciudades de Colombia.

En este artículo, utilizar la metáfora no es solo un recurso literario para embellecer el texto, es una manera de ampliar la visión reducida de la ciudad como simple infraestructura, hay un entramado performativo silenciado, olvidado y resistiendo al exterminio “citacidio”.

Decir que la ciudad respira es asumir que aquí hay un circuito de emociones que, según Ahmed (2015) no sólo se condensan en los cuerpos individuales, sino que se adhieren a las calles, a las esquinas, a los árboles, a las paredes. Decir que la ciudad florece de amarillo, es reconocer como mujeres *cañahuateras*, al igual que el árbol que aflora después de la sequía, hacen germinar vida en medio de contextos de desigualdad, exclusión y violencia estructural.

Ahora bien, esta ciudad que florece también es escenario de injusticia epistémica. Miranda Fricker (2007) ha nombrado dos dimensiones fundamentales: la injusticia testimonial, cuando los saberes de ciertos sujetos no son escuchados o considerados poco creíbles; y la injusticia hermenéutica, cuando grupos históricamente marginados adolecen de marcos colectivos que implica ser incomprendidos. En el contexto de Valledupar, esto se manifiesta en la manera como los planes de ordenamiento urbano borran memorias barriales o en cómo los tecnicismos deslegitiman los saberes comunitarios, estereotipando comunidades como informales, invasores, marginales e improductivo, legitimando el discurso de la gentrificación.

El silencio ha sido el cómplice del levantamiento de ciudades. Silencios de mujeres que sostienen la vida en los barrios con trabajo comunitario; silencios de jóvenes que pintan murales como grito de resistencia pero cuyas apuestas desde la estética son reducidas a “graffitis ilegales”; silencios de comunidades negras que han habitado los márgenes de la ciudad, pero sorpresa sus memorias no aparecen en los relatos oficiales.

Estas formas de silenciamiento constituyen expresiones concretas de injusticia epistémica que limitan el derecho a la ciudad en su dimensión más profunda y violenta, aquella que se manifiesta en la negación de ser escuchadas y escuchados, reconocidas y reconocidos, comprendidas y comprendidos desde las diversidades que hacen posible habitar la ciudad.

Frente a este escenario, resulta urgente abrir un espacio de reflexión que articule una mirada de los afectos y justicia epistémica. El posicionamiento de Ahmed (2015) está vigente cuando nos recuerda que las emociones orientan los cuerpos, determinan quién se siente dentro fuera del lugar, quién puede reclamar pertenencia en un espacio y quién es expulsado de él. De allí que hablar de la ciudad desde los afectos implique reconocer también las heridas que produce la exclusión así como las resistencias y re-existencia que se movilizan desde las periferias o márgenes.

Este artículo propone entonces un doble movimiento. Por un lado, leer la ciudad como metáfora de vida, un organismo colectivo que se alimenta de las huellas de los seres caminantes que la habitan; por otro, evidenciar cómo en su construcción oficial se producen injusticias epistémicas que silencian voces, memorias y saberes. Desde la metáfora del cañahuate (árbol característico del espacio que florece en tiempos de sequía), sostengo que son las mujeres *cañahuateras* quienes han sabido gestar vida en Valledupar, resistiendo al olvido y sembrando la esperanza a través de la re-existencia en medio de la adversidad.

Así entonces, este artículo se enmarca en una reflexión situada, que reconoce en la experiencia personal y política una fuente de conocimiento. Caminar la vida

con todo lo que implica (vivir en organizaciones, sentir el movimiento, las luchas colectivas e individuales) posicionan una experiencia reflexiva que es pertinente visibilizarla a través de estos ejercicios de publicación científica.

No se trata de una metodología escrita mediante un recetario, donde hay un avistamiento de pasos que se centran en la recolección de datos, sino de un proceso de pensamiento encarnado en la vida misma convirtiendo a esta en un *territorio epistemológico*. La reflexividad autobiográfica permite comprender que el campo o la población de estudio no está por fuera del sujeto que investiga, sino que está en el cuerpo, en la memoria, en los vínculos, en las emociones y en las calles que se caminan.

El trabajo de campo ha sido los procesos de acompañamiento a comunidades de Valledupar desde que soy estudiante de pregrado, me concentro en reflexionar este espacio que habito como una metáfora de vida, que está creando categorías propias para analizar los procesos de resistencia y re-existencia en una ciudad que marginaliza procesos que reconfiguran la vida. Estar al lado de las mujeres, resistiendo las injusticias epistémicas y la gentrificación en Valledupar, constituye el corazón de este proceso.

En medio de la cotidianidad, la digna rabia y las emociones, se tejen los saberes que dan sentido a esta escritura reflexiva. El campo no es un espacio que se visita para extraer información, sino una realidad vivida y compartida, relaciones que desafían las jerarquías del conocimiento y desbordan los límites impuestos por las metodologías eurocéntricas hegemónicas.

Las metodologías dominantes suelen concebir el trabajo de campo como un procedimiento técnico de observación o registro, desconociendo que el saber también se produce desde la lucha, desde el cuerpo que siente y actúa. Siguiendo a autoras como Donna Haraway (1988) y Catherine Walsh (2009), entiendo el conocimiento como un acto situado, insurgente y relacional, en el que la reflexividad se convierte en una forma de justicia epistémica. Mi biografía no es solo un relato íntimo, es una práctica de pensamiento que se entrelaza con las memorias colectivas del territorio, con las historias de las mujeres que, como yo, habitan la calle como espacio de existencia y resistencia.

No hubo un trabajo de campo clásico o tradicional con entrevistas, encuestas o protocolos de registro, porque la experiencia misma es el campo. Hay reflexiones inspiradas en las conversaciones, los encuentros, los silencios y las coincidencias de la vida cotidiana que se volvieron espacios de observación, resonancia y reflexión.

En este proceso de escucha y escritura surgió la metáfora del cañahuate. No fue un símbolo previsto, sino una revelación que emergió de la conexión entre

mi cuerpo, la ciudad y la naturaleza. El cañahuate, árbol de raíces profundas y flores doradas que florece en la sequía, se convirtió en una imagen de renacimiento, un recordatorio de que incluso en los territorios marcados por la violencia y el despojo, la vida insiste en brotar. Su presencia me enseñó a mirar de nuevo, a reconocer que aquello que siempre estuvo frente a mis ojos solo se vuelve visible cuando la mirada se vuelve consciente.

Así, el enfoque reflexivo-autobiográfico que sustenta este texto no separa la experiencia del pensamiento, ni la biografía de la política. La escritura es aquí un acto de restitución simbólica, un gesto ético y poético que busca reconectar cuerpo, territorio y memoria. Como plantea Bell Hooks (1994), pensar y escribir desde la vida es una práctica de libertad. Y desde esa libertad situada en las calles, los patios, los árboles y las voces que resisten, florece este texto como un cañahuate que desafía el silencio con su amarilla persistencia.

Este texto se organiza en cinco apartados principales y unas consideraciones de cierre y no de finalización, porque se considera que es una carta abierta para pensar la ciudad desde las emociones que son sinónimo de vida en su máximo esplendor. Primero, se desarrolla el recorrido experiencial que posiciona a las mujeres cañahuateras como sujetas constructoras de ciudad desde las apuestas performativas. En segundo lugar, el marco conceptual que concibe la ciudad como metáfora y cuerpo vivo, dialogando con Lefebvre, Massey y De Certeau. En tercer lugar, se abordan los aportes de Sara Ahmed para pensar los afectos en la construcción urbana, cómo circulan las emociones, cómo orientan a los cuerpos y cómo ciertas resistencias (como la figura de la *feminist killjoy*²) interrumpen narrativas hegemónicas con sus apuestas contrahegemónicas. En cuarto lugar, se explora la injusticia epistémica en el contexto urbano, retomando las categorías de Fricker y ejemplificándolas en experiencias concretas de Valledupar.

Finalmente, se presenta una discusión situada de los posicionamientos emergentes que muestra cómo las mujeres gestan ciudad, sosteniendo la vida con sus prácticas cotidianas, sus luchas y sus poéticas de resistencia.

Desarrollo

Las Cañahuateras como Mujeres que Hacen Florecer a Valledupar

El cañahuate con sus campanuladas flores luminosas en medio del panorama seco, es la remembranza de que la vida emerge donde parece improbable. Nos

² El concepto de *feminist killjoy*, desarrollado por Sara Ahmed (2010), alude a la posición crítica de quienes interrumpen narrativas de bienestar y armonía al señalar las injusticias y violencias que estas suelen ocultar.

recuerda que sostener la vida, transformando la precariedad y el olvido desde la autogestión (sin romantizar) es posible; que construir dignidad no espera invitación, es una urgencia, es la necesidad de sembrar vida allí donde los poderes solo ven despojo, cemento y capital.

Valledupar es el eterno cañahuate, un árbol terco de las calles polvorientas o agrietadas del Valle que desafía las lógicas neoliberales que desde sus estructuras promueven desigualdades estructurales. Las mujeres conocidas como *cañahuateras* han venido agenciando la calle desde las redes afectivas y comunitarias para la construcción popular del derecho a la ciudad (Lefebvre, 2013).

La ciudad no es solo un espacio físico, es un territorio simbólico y afectivo. Desde este postulado, es interesante reconocer que se escribe en cemento, pero también en la piel de quienes la habitan. Entre las calles se construyen nomenclaturas invisibles que dicen quiénes la pueden habitar, quiénes deben callar, quiénes caminan ligeramente y quienes cargan la acumulación de las miradas de los cuerpos *alterizados*.

En la construcción de la ciudad se disputan espacios materiales, pero también sentidos, memorias y saberes. Sin embargo, es una constante que en los procesos técnicos y en los documentos del archivo público y oficial se suele privilegiar el conocimiento técnico. Poco se indaga por las experiencias habitacionales de las comunidades populares y mujeres, generando así un silenciamiento o deslegitimación.

Estas experiencias de exclusiones constituyen una forma de *injusticia epistémica*, en la medida en que impide el reconocimiento de seres que poseen conocimiento sobre la ciudad que encarnan. Tal como lo afirma Fricker (2007) "La injusticia epistémica es un tipo de injusticia en la que alguien resulta perjudicado específicamente en su condición de sujeto de conocimiento" (p. 23)

Los planos oficiales trazan planos con líneas rectas y con medidas de planeación institucional que garantizan la construcción de la ciudad desde las entidades territoriales garantes de este derecho. Sin embargo, alterno a este proyecto existen otros caminos que dibujan las mujeres en el caminar con miedo, con rabia, con esperanza y en compañía. Esos trazos que guardan cicatrices de una ciudad que ha aprendido a planear sin escuchar las corazonadas de quienes la recorren de día y de noche; salvaguardan la vida.

Las mujeres han aprendido en la vida a construir un sistema de planificación alterno, popular y desde abajo. Solo han necesitado habitar el espacio y gestar con la adherencia de emociones un proyecto propio para vivir la ciudad de Valledupar. Así han florecido las *cañahuateras*, en medio de la *injusticia testimonial* (Fricker, 2007).

Materializada en la deslegitimación de sus vivencias, esta forma de violencia se expresa en los prejuicios que se vuelven norma para desacreditar las experiencias del caminar por las calles de Valledupar. Muy fácil aprehender narrativas desde el privilegio que desconocen las opresiones que encarnan las mujeres en su diversidad al habitar la ciudad en relación con las franjas horarias y los lugares que se le permite habitar, simplemente por ser mujer en el caribe colombiano.

La ciudad técnica no las nombra, pero ellas posicionan una nomenclatura popular desde los lentes morados, que delimitan el espacio, marcando cada esquina, cada silencio, cada brecha invisible, cada sombra que camina junto a ellas para sostener la vida.

¿Dónde Nace la Categoría <Cañahuateras>?

Es preciso aclarar que desde el ejercicio autobiográfico comprendí que mi escritura no solo es una mirada hacia el pasado, sino una forma de situarme políticamente en el presente. En el proceso de narrarme, emergió una categoría que no proviene de los libros, sino del territorio: las *Cañahuateras*. Ellas representan la fuerza y la ternura de las mujeres que, desde Valledupar y sus alrededores, han hecho del resistir un modo de existir. Reconocerme en ellas fue reconocer que mi historia también es colectiva, que mi identidad florece cuando se entrelaza con otras.

Este relato nace del encuentro conmigo misma, con mis raíces y con las mujeres que habitan mi historia. En el ejercicio de mirar hacia adentro, descubrí que no solo narraba mi vida, sino la de muchas otras que, como yo, han florecido en medio de la sequía. Así llegué a la categoría *Cañahuateras*, no la busqué, me encontré. Un nombre que brotó como el cañahuate en el verano, recordándome que también soy parte de ese paisaje que resiste y renace. Como se muestra a continuación.

Me Encuentro con Quien Siempre ha Estado: el Cañahuate como Metáfora de Re-existencia

Creer en Valledupar y leer libros académicos no me enseñaron a mirar y comprender al cañahuate. Estuvo siempre ahí, en los cerros con caminos polvorientos, floreciendo en silencio mientras yo recorría otros caminos, buscando mi pertenencia a otros nombres, colores y lugares. No lo había visto, creo, nunca me vi en él.

Fue hasta el llamado autobiográfico, en ese acto valiente y doloroso de narrarme, lo que me permitió encontrarme con quien siempre había estado: el cañahuate.

En medio de ese volver sobre mí, entre las rupturas de los silencios heredados y enfrentados, el cañahuate aparece como una revelación. Floreciendo terca y desafiadamente entre el calor, la sequía y el olvido. Me habló desde la luminosidad, la resistencia y de los

lenguajes populares de las mujeres cacas. Comprendí que su existencia dialoga con el resistir, a la sequía, sin embargo, aun así, estalla el radiante amarillo. Esta también es mi forma de estar y la de muchas de nosotras que hemos aprendido a florecer sin permiso y permanecer sembradas aun cuando nos niegan lo básico, el agua.

Encontrarlo fue también encontrarme. Fue ver en el paisaje mi reflejo más natural. Una metamorfosis que no termina en resultados agudos, pero sí profundos; una transformación cíclica en medio de la adversidad e imaginarios que legitiman los poderes. Como señala [González \(2021\)](#), la *aporobiografía* nos permite reconocernos en nuestras fragilidades compartidas, irrumpiendo discursos colonizadores y abriendo caminos que facilitan una toma de conciencia inspiradora que contribuyen a la dignificación de nuestro ser. En esta misma línea, [Segato \(2016\)](#) recuerda que el cuerpo de las mujeres ha sido históricamente el primer territorio de conquista, y, por tanto, también el primer territorio de resistencia.

Nombrarlo fue también nombrarme. Observar las ramas es constancia de la no linealidad de sus historias, y la mía, marcadas por invisibilización, despojos, desplazamientos, pero también de renacimientos. [Rivera Cusicanqui \(2010\)](#) afirma que la memoria no es una línea recta, sino una espiral que recoge las heridas del pasado para transformarlas en potencia de lucha.

El cañahuate no embellece los jardines de élite, no están sembrados en materas; es árbol de calle, del sol, del cerro, sin agua, sin cuidados. Y como yo, muchas *cañahuateras*, florecen en silencio.

El reencuentro no es botánico, es ontológico. Más allá del árbol y sus florecimientos, fue con la memoria. El cañahuate permite tomarlo en metáfora viva de mi resistencia; flor que rompe con la sequía, embellece el paisaje con dignidad y que roba miradas con su imponente presencia.

En él encontré las miradas de las que me antecedieron: mis abuelas, las maestras, las niñas del barrio, las cacas, las piloneras, las que caminan la ciudad en cuerpo de lucha. Comprendí que no se marchita, que cumplen ciclos. Y aunque la ciudad pretenda ignorarlas, desde aquí las nombramos.

Mi relato autobiográfico, más que historia, es mi siembra. Siembro, una categoría emergente que teje como palabra, como cuerpo, como símbolo de una resistencia situada que no se explica, se *cuerpea*. Siembra, como acto político y poético de permanecer y juntarnos para nunca callarnos.

Porque como el cañahuate, florecemos sin pedir permiso. Aquí estamos sembradas, visibles, amarillas, tercas, *emputadas* y vivas.

Así, este caminar investigativo se convierte en siembra. Una siembra de relatos, presencias y silencios que no permitimos callar. Una siembra de flores amarillas

entre el concreto agrietado del Valle. Una siembra que como el cañahuate se alinea con los días más cálidos y secos del año.

Florecer sin permiso es la premisa que acompaña la metáfora; más que un posicionamiento alegórico, es una praxis ontológica que subvierte la paradoja inclusión-exclusión, abriendo paso al mundo de las diversidades. Como lo plantea [González González \(2008\)](#), las diversidades deben entenderse “no como amenaza, sino como posibilidad de construir sentidos múltiples, prácticas inclusivas y relaciones más horizontales” (p. 153), una apuesta que desborda los márgenes del pensamiento único y da lugar a la otredad como fuente de creación y esperanza.

Esta breve reflexión de mi relato autobiográfico es un ejercicio de memoria y reconocimiento. En él me permito leer mi vida como territorio y mi experiencia como camino de búsqueda. A través de las huellas de mi historia, comprendí que las mujeres de mi valle, esas que siembran, enseñan, cantan o marchan, comparten una misma raíz de dignidad. A ese tejido de vidas les di un nombre: las *Cañahuateras*. Así nombré a las mujeres que sostienen el mundo con sus manos y su esperanza, y al hacerlo, también me nombré a mí misma.

¿Quiénes son las Cañahuateras?

Evitando una categoría sociológica fría, tracé la búsqueda de narrar desde lo simbólico, lo situado y lo vivido. Son mujeres de raíz y viento, de sabanas, de terrenos baldíos, que emergen desde la frustración y la indignación, que brotan en los patios, en las calles, en las aulas y en escenarios de formación. Ellas han asumido la responsabilidad histórica de la memoria de los pueblos del Valledupar, las que reconfiguran los colores del paisaje cuando todo parece árido.

Se encuentran en cada esquina, ofreciéndote una *conversa* cálida y llena de saberes, se han formado en la vida, en el movimiento. Sus vidas son símbolos genuinos de resistencias en un espacio que se cuenta cada año mediante el turismo clientelar promovido mediante el evento tradicional de esta tierra que es el Festival Vallenato.

Las *cañahuateras* han comprendido cómo, desde la periferia, se gestan espacios alternativos capaces de reconfigurar una ciudad históricamente marcada por el silenciamiento de sus voces. Porque ser mujer en una ciudad señorial como Valledupar implica aprender a transitar un espacio pensado desde el archivo oficial (el Plan de Ordenamiento Territorial-POT) y no desde las experiencias, los cuerpos y las voces que lo habitan cotidianamente. Sin embargo, ese archivo de obligatorio cumplimiento para “ordenar” el espacio, tiene unas emociones, que según [Ahmed \(2015\)](#) se adhieren a estas *cuerpas*, movilizan acciones que han empezado a aportar reflexiones en la reconfiguración del espacio y

la construcción de categorías situadas y sentidas, como es la de *cañahuateras*.

Valledupar que Respira y Florece

La metáfora salta las barreras del lenguaje para comprender la ciudad más allá del materialismo físico; nos permite percibir la ciudad como un organismo vivo, que respira, con memoria, que florece y con emociones.

Valledupar, mi ciudad, se ha construido entre contradicciones. Por un lado, se proyecta hacia afuera como capital mundial del vallenato, entre acordeones, plazas y el festival de la leyenda. Por otro, en sus barrios periféricos se acumulan memorias y pensamientos silenciados. En esas prácticas, la ciudad se convierte en metáfora de vida, porque lo que la mantiene con vida no son únicamente sus estructuras visibles y difundidas, sino las emociones, resistencias y performativas que posicionan sentidos y significados.

Valledupar es un cuerpo vivo, que respira con el río Guatapurí, florece con los cañahuates, duele en las cicatrices de los barrios periféricos y guarda la memoria en las paredes y en los cuerpos que se han encargado con sus voces en re-construir cada calle.

La ciudad es metáfora porque habla, mediante sus espacios adhiere emociones y memorias, que transitan a resistencias y re-existencias. En Valledupar, las calles del centro histórico cuentan las historias del comercio, de la política electoral y de las fiestas tradicionales, mientras que ahí mismo a tan solo unos metros los barrios de la margen derecha del río Guatapurí guardan silencios, desigualdad, pero también, esperanzas.

Los murales en los callejones gritan que la ciudad tiene una voz juvenil y contestataria, que habla desde otros lenguajes de estética, acompañado en muchas esquinas con sonoridades vallenatas, canto que se convierte en experiencias del archivo público oficial.

Esta forma de pensar la ciudad dialoga con autores que la han pensado más allá de su dimensión física. Por ejemplo, Lefebvre (2013), que en sus producciones ha dejado por sentado que la ciudad es un espacio producido socialmente, tejido por experiencias cotidianas que dan vida a lo urbano. En esta misma sintonía pero desde una mirada relacional y en movimiento, Massey (2005) propone la ciudad como un confluente de memorias y experiencias diversas y De Certeau (2000) augura una lectura de la ciudad desde quienes la caminan la habitan y narran.

Así que respirar y florecer es un recurso poético para denunciar la *injusticia epistémica* que ocurre cuando silencian las voces que hacen que la ciudad de Valledupar cobre vida.

En este marco, la metáfora se convierte en un recurso epistemológico. Afirmar que “la ciudad florece” no es solo una imagen poética, es reconocer que, al igual que el cañahuate, la vida urbana se reconfigura gracias

a las fuerzas de quienes resisten (las *cañahuateras*). El florecimiento del cañahuate es un recordatorio de que la vida renace incluso en condiciones adversas.

Así ocurre en los barrios de Valledupar donde pese a la marginalidad impuesta, emergen proyectos colectivos que sostienen emociones y propuestas de esperanzas, como las ollas comunitarias, la educación popular, los grupos juveniles con sus apuestas estéticas, las mujeres que se juntan para proponer discursos alternos a la ritualización de las violencias de género en la ciudad.

Cada brote amarillo del cañahuate en el Valle se asemeja a esos gestos comunitarios que iluminan los márgenes de control del poder hegemónico, cada apuesta es una flor que agencia desde lo propio la ciudad soñada desde las premisas de la igualdad, equidad y justicia.

Las mujeres, las *cañahuateras*, encarnan esta metáfora del florecimiento. Son ellas quienes gestan y paren una ciudad en lo invisible. Quienes convierten un patio en cultivo de pancoger, en huertas, en bioaulas, en consultorios psicológicos, en consultorios jurídicos, en casa de refugios, en escenarios de juntanzas; en apuestas para el cuidado.

Sus prácticas cotidianas, de vida y para la vida, no parecen en los diagnósticos urbanistas, pero sin ellas la ciudad no sobreviviría. Pensar la ciudad desde este posicionamiento metafórico, obliga, entonces, a reconocer que son los cuerpos y las acciones de las mujeres los que han sostenido históricamente los circuitos emocionales que permiten que Valledupar siga existiendo.

Partir de este reconocimiento enfrenta la hegemonía de las narrativas oficiales cargadas de discursos heteronormativos y patriarcales, que suelen partir de una supuesta neutralidad racional y técnica. Esa mirada borra los afectos, los silencios, las memorias que hacen de la ciudad un archivo de vida. De allí la posibilidad que abre esta metáfora, una forma alternativa de narración, donde la ciudad se proyecta más allá de la infraestructura, como un territorio de emociones y performatividad.

La ciudad es un cuerpo vivo al que se le reconoce la capacidad de doler, pero al mismo tiempo de florecer; así como es la vida entre seres humanos. Valledupar duele cuando una patrulla del Escuadrones Móviles Antidisturbios (ESMAD) expulsa a sus habitantes de barrios populares para dar paso a proyectos de “renovación urbana”, duele cuando la música vallenata es instrumentalizada para acumular capital, se mercantiliza para convertir un espectáculo turístico desconectado de las memorias colectivas, de sus raíces; duele cuando los murales que proyectan apuestas estéticas de resistencia son borrados en nombre del “orden”. Este dolor es también parte de la vida de la ciudad y un llamado de que lo urbano es un escenario en constante disputa, exclusión y marginación.

Pero, al mismo tiempo, Valledupar guarda. Guarda canciones que atraviesan generaciones, cocinas con recetas ancestrales, fiestas barriales que buscan permanecer, colectivos que son llamados por el dolor, escuelas del dolor que buscan el perdón. La ciudad nos permite entender los viajes en el tiempo, el presente que convive con huellas del pasado que no siempre son reconocidas, pero que siguen habitando las esquinas, las plazas y las calles.

En este sentido, esta es una apuesta política y epistemológica. Es posicionar que lo urbano no se reduce a los "expertos en planificación", sino que se construye colectivamente desde abajo, con afectos, memorias, resistencias y performatividad. Es disputar el derecho a narrar la ciudad desde la libertad.

Valledupar, entonces es un cañahuat, con sus esplendorosas flores amarillas, que ilumina las riveras del río Guatapurí, con cimientos de raíces más profundas de las memorias ancestrales, su tronco que posiciona las heridas históricas disputadas, sus ramas no lineales que representan las diferentes narrativas de las diversidades y sus flores amarillas símbolos del constante renacer de historias de re-existencias.

Valledupar es muestra de que aunque el camino oficial construya escenarios para marchitarla, hay quienes desde la terca y digna rabia sostienen la esperanza en medio de la sequía.

Emociones Cañahuateras: entre Pertenencias y Exclusiones

Pensar la ciudad desde los afectos implica pensar que las emociones no son privadas, ellas circulan, se adhieren a los espacios y se encarnan en los cuerpos.

La calle es un espacio cargado de emociones. Las esquinas, los parques, los centros comerciales, cada espacio pensado desde el plan de ordenamiento territorial o desde las experiencias de los seres humanos, conforman la calle y estos a su vez poseen emociones que conforman el archivo de los sentires que encarnan los cuerpos.

Esas emociones posibilitan opresiones y privilegios. Cuando hablamos de opresiones establecemos procesos de acumulación de emociones en los cuerpos que impiden la construcción de ciudadanías y, por el contrario, los privilegios son adhesiones que facilitan la construcción de ciudadanas y ciudadanos en los territorios.

Ahmed (2015), señala que las emociones "se pegan" a los cuerpos y a los lugares, estableciendo límites de lo familiar y lo que se repele. Valledupar, no es ajeno a ello, los afectos se inscriben en las calles donde se danza y se canta, pero también en los barrios donde se experimenta el dolor de la marginalidad. Entonces existe un mapa afectivo que se desconoce en el archivo oficial, los espacios no solo se caminan, se sienten.

Ahmed habla de la circulación de las emociones, por ejemplo, el miedo puede estar en una plaza; la rabia se activa en una marcha. En Valledupar, las calles del centro en época de festival se llenan de orgullo y patriotismo engalanado, pero esas mismas pueden cargarse de indignación cuando las protestas juveniles son reprimidas. En este sentido, las emociones no son neutrales, toman posicionamientos políticos que configuran y reconfiguran los espacios por medio de la adherencia.

Teresa Brennan (2004) complementa esta mirada al plantear que los afectos son transmisibles. En la ciudad, una carga de miedo no solo se percibe, además de encarnarse se transmite de cuerpo a cuerpo, condicionando el caminar, el habitar. Es decir, establece por dónde se transita, a qué horas se ocupa un espacio. En Valledupar, las narrativas de inseguridad y violencia alrededor de un espacio generan evasión que alimentan el mapa urbano desde lo emocional.

Esta dimensión afectiva orienta los cuerpos en la ciudad, aparecen quienes están "dentro del lugar" y quiénes quedan al margen en las periferias. Ahmed (2006) propone la noción de orientaciones para mostrar los privilegios de ciertos cuerpos. Las cañahuateras que se han juntado desde lo comunitario para sostener a Valledupar, viven esa tensión, son vitales en la construcción de ciudad, pero rara vez se les reconoce como lideresas legítimas en la construcción de ciudad.

En este sentido, las emociones nos ubican en ciertas posiciones, determinando quiénes se sienten dentro de algún lugar en la ciudad y quiénes son empujados hacia los márgenes. Por ejemplo, el ser mujer blanca y de barrios centrales puede otorgar unos privilegios para habitar la ciudad, mientras que ser mujer negra y de un barrio periférico puede significar el anonimato urbano.

Bell Hooks (1990) aporta la idea de márgenes, como espacio de opresión pero también de resistencia. Habitar el margen urbano de Valledupar puede ser doloroso, pero evidentemente es un lugar donde se construyen otras narrativas de ciudad. Los lugares que se cargan con nuevos sentidos y significados reorientan la ciudad desde los márgenes.

En este contexto, la figura de la *feminist Killjoy* propuesta por Ahmed (2010) resulta clave para una lectura contextual. Se trata de aquellas mujeres que, con sus expresiones de resistencias y re-existencias, incomodan la narrativa hegemónica del progreso y el orden urbanístico. Son las que interrumpen las festividades tradicionales con experiencias contrahegemónicas para denunciar e irrumpir los patrones estructurales de la desigualdad urbana.

En Valledupar, estas *Killjoy* aparecen en los colectivos barriales de los barrios populares, las juventudes feministas, las piloneras diversas, las mujeres que toman la palabra en espacios donde no se esperaba que hablaran.

Lorde (1984) nos recuerda que la rabia de las mujeres negras no es un obstáculo, sino un recurso para la acción política, justamente esa rabia, cuando se hace pública en la ciudad, rompe el mandato de silencio y se convierte en afecto colectivo que moviliza las experiencias de resistencia.

Así, los aportes de Sara Ahmed (2006, 2010) permiten alimentar el marco teórico para la comprensión de la ciudad más allá del cemento y las estatuas, reconociendo los efectos, orientaciones y las propuestas de resistencia y agencia desde las posturas de las re-existencias.

Injusticia Hermenéutica en la Construcción de Ciudad

La construcción de ciudad no es un caminar neutral, hay poderes que deciden qué voces cuentan y cuáles son silenciadas o no escuchadas. Es una de las tantas opresiones con las que caminan la construcción colectiva de la ciudad. Ciertos sujetos no son reconocidos como portadores legítimos de conocimiento, porque simplemente los tecnicismos se encuentran por encima de los saberes que son contruidos desde el caminar de las calles.

La otra cara es la *injusticia hermenéutica*, que se presenta cuando no existen marcos conceptuales para nombrar y comprender experiencias urbanas. Así, las vivencias de exclusión de los barrios populares, las memorias de mujeres que sostienen la vida en la ciudad y las emociones que circulan en el espacio público quedan fuera del marco de los lenguajes oficiales del urbanismo.

Pensar profundamente en este asunto es reinventar la vida. Reflexionar en torno al otro es encadenar la muerte, evitando que los otros mueran como lo hizo Sísifo. Es abrazar el absurdo, recreando cada día un escenario que, aunque castigador y eterno, evidencia puntos de partida para un abordaje creativo. Condenar a alguien a empujar una roca hasta la cima de una montaña solo para verla caer nuevamente es un ejemplo circunstancial de capacidades que emergen en medio de un ambiente adverso. Precisamente, este personaje de la mitología griega nos dona, con su aparición, la resistencia y la reinvención ante una obligación producto de un pasaje colectivo. Preocuparse por el otro trae consecuencias como luchas, rabias, frustraciones, pero las conquistas obtenidas son lo más gratificante.

Hay autores y autoras que siguen subiendo la roca, buscando gestar espacios pragmáticos de reflexión y comprensión alrededor de las diversidades, donde podamos vivir juntos. Con tan solo una palabra se mueve o se destruye el mundo. En medio del eterno sube y baja de la roca, nos reinventamos el lenguaje como resistencia ante los lenguajes de los poderes que nos hacen creer en su visión restringida del mundo.

Ejemplo de ello, González (2016), en su acto de humanismo por el otro, verbaliza las pobreza lingüísticas para abordar el problema de las diversidades. Nos entrega herramientas teóricas y lingüísticas que amplían los límites del mundo a través del lenguaje. *Diverse* como nombre y *Diversar* como verbo constituyen una apuesta que responde a las ausencias lingüísticas en la discusión sobre diversidades. El problema no son las diversidades en sí, sino cómo históricamente se han abordado de manera rancia.

No obstante, este proceso, entendido como un asunto específico, implica, según González (2016), pensar, accionar y habitar. No se trata sólo de juntar palabras que embellecen la retórica, sino de reinventarse en medio de las rutinas vitales para fluir entre el pensar, accionar y habitar la alteridad. Muchas veces, pensar implica escribir y proponer, pero no necesariamente significa accionar o habitar. Existen quienes accionan en términos administrativos sin un trabajo consciente y quienes dejan ser y vivencian sin reflexionar sobre ello. La invitación profunda es a vivir la diversidad desde la complejidad de estas tres posturas verbales, siempre que la vida lo permita.

En Valledupar se han contado con proyectos que desplazan comunidades sin reconocer sus vínculos afectivos con el territorio, planes de ordenamiento que perpetúan la gentrificación en los barrios populares en nombre del progreso y desarrollo, la desmemoria de las comunidades frente a los poderes de la ingeniería y la arquitectura. Estas prácticas además de “organizar físicamente la ciudad” establecen una configuración de escucha y decisión; ¿quiénes son escuchados? ¿quiénes quedan fuera del relato? Pero aún no lo hemos nombrado.

Sin embargo, las mujeres a pesar de ello, las *cañahuateras*, siguen construyendo conocimiento en pro del caminar alegre.

Reflexionar la injusticia epistémica, testimonial y hermenéutica en la construcción de ciudad es una postura política que permite cuestionar las jerarquías del saber y abrir espacios entre figuras literarias como las metáforas situadas y encarnadas en la producción académica son otras formas de habitar lo urbano.

Cómo Emergen los Procesos de Resistencia y Re-existencias en Valledupar

Los posicionamientos de los sujetos están vinculados a la experiencia emocional del caminar de los espacios de convívio, ese lugar de enunciación que se posiciona es producto, en su mayoría, de un ejercicio reflexivo, crítico y deconstructivo sobre las opresiones que condicionan los procesos autónomos de formar-ser.

Porello, es sumamente político partir de nuestras pobreza, fragilidades, emociones, sentires, sensaciones porque posicionan espacios epistémicos situados que

construyen ciudadanías. De esta manera emergen los procesos de resistencia y re-existencia en Valledupar.

Las *cañahuateras* son mujeres que están agenciando las calles, han evolucionado del paradigma decolonial y deconstructivo al performativo, que, además de reflexionar críticamente sobre las experiencias de opresión y privilegio que atraviesan el convivio habitacional de la ciudad, han construido espacios que hacen posible la reconfiguración de las calles de Valledupar.

Resisten desde las emociones y desde el posicionamiento de voces de mujeres que, en el ejercicio pleno de su ciudadanía, construyen desde la autogestión experiencias de juntanza que permiten habitar la ciudad a partir de convivios de dignidad, como respuesta a las violencias de género ritualizadas en las calles de Valledupar.

Partir de los agenciamientos ha sido movilizado desde las *doloridades* (Piedade, 2017), pues son las mujeres que al caminar siendo víctimas del acoso callejero, se han levantado para deconstruir esas experiencias violentas ritualizadas y llegan al parque de la ciudad a escuchar a quienes adolecen desde ahí, pero también, hacen escuela para el cuidado desde los espacios que más frecuentan.

Han sido ellas las responsables de que hoy se entienda que un piropo es violencia, que a pesar de que no han sido campañas viralizadas en redes como el #MeToo, #NiUnaMenos, nuestros cañahuates florecen llenando el camino de luz y fuerza para que hoy se gesten rutas críticas y reflexivas desde el caminar alegre, cantando, danzando en las calles de Valledupar.

Las emociones colectivas que se adhieren a nuestros cuerpos, silenciadas en los archivos públicos de ordenamiento territorial, constituyen la fuerza que alteriza los cuerpos de las mujeres en ciertas esquinas y espacios. Allí se trazan límites simbólicos de desplazamiento que reproducen relaciones desiguales para el habitar. Como consecuencia, emergen eufemismos que la ciudad va construyendo, desplegando un esquema camaleónico que oculta las experiencias vitales más allá de lo consignado en los archivos oficiales.

Conclusiones

Consideraciones para Caminar

¿Y este caminar a pie descalzo?
¿Y este cañahuate florecido?
¡Ah! Es sólo tu existencia en mí,
presencia ya encendida.

Para enfrentar la injusticia epistémica en Valledupar es necesario escuchar las emociones que desbordan lo urbano, pues allí existen corazonadas de una forma distinta de imaginar, sentir y habitar la ciudad.

Valledupar, una ciudad construida arquitectónicamente desde la herencia colonial y pensada por las élites en todos los marcos del desarrollo de lo urbano existe otra ciudad: la defendida y vivida desde abajo y desde adentro. Esa ciudad imaginada, sentida y dolida es la que se revela cuando las mujeres se organizan, bailan, denuncian, corren, marchan, enseñan, aprenden, comparten, pero, sobre todo, no se dejan borrar.

Nombrarlas es también intervenir el campo del saber, ampliar sus fronteras y proponer una epistemología que florece en la grieta, del barro, del cuerpo y del árbol. Las *Cañahuateras* son mi manera de devolverle al conocimiento su raíz comunitaria, su dimensión afectiva y su potencia transformadora. En ellas habita la posibilidad de construir otra forma de mirar el mundo, una donde la experiencia sea reconocida como fuente de saber, y donde la palabra que florece entre la sequía sea testimonio de dignidad.

Después de recorrer estas páginas, la ciudad se ha mostrado como cuerpo vivo, herido y resistente. Entre metáforas, afectos e injusticias epistémicas, lo que emerge es la certeza de que Valledupar florece en los márgenes, allí donde las mujeres siembran dignidad. Pero la escritura académica no basta, la ciudad también se canta, se nombra en clave de metáfora y se sueña. Por eso, este texto concluye no con una definición, sino con un acto performativo, un poema que, desde mi voz, recoge la memoria de las *cañahuateras* y su gesto de florecer en medio de la sequía.

Te acompaño.
Te sostengo.
Te quiero.
Aquí, siempre aquí,
estoy para ti.
Lo acumulas en tu ser,
contenido, reprimido.
Crees que lo "resguardas",
buscando cuidarlo.
Te hace daño no expresarlo,
sinceramente no hay cuidado, al ocultarlo.
Boicoteas tus sentires
por miedo al pasado.
Elige siempre,
aquella que está sanando.
Esa que no decide guardarlo.
Esa que respira y lo nombra.

Referencias

- Ahmed, S. (2006). *Queer phenomenology: Orientations, objects, others*. Duke University Press.
- Ahmed, S. (2010). *The promise of happiness*. Duke University Press.

- Ahmed, S. (2015). La política cultural de las emociones. Traficantes de Sueños.
- Brennan, T. (2004). *The transmission of affect*. Cornell University Press.
- De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano I: Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana.
- Fricker, M. (2007). *Injusticia epistémica: el poder y la ética del conocimiento*. Herder.
- González González, M. A. (2008). *Diversidad, educación e interculturalidad: Aportes para una pedagogía de las diferencias*. Universidad de Antioquia.
- González González, M. A. (2021). *Aporobiografía: Testimoniar nuestras fragilidades*. Ipecal y Horizontes Humanos de Kalkan.
- González, M. (2016). *Aprender a vivir juntos. Lenguajes para pensar diversidades e inclusiones*. Editorial Horizontes Humanos de Kalkan
- Haraway, D. (1988). *Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective*. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599.
- Hooks, B. (1990). *Yearning: Race, gender, and cultural politics*. South End Press
- Hooks, B. (1994). *Teaching to transgress: Education as the practice of freedom*. Routledge.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Lorde, A. (1984). *Sister outsider: Essays and speeches*. Crossing Press.
- Massey, D. (2005). *For space*. Sage
- Piedade, V. (2017). *Dororidade*. Nós Editora.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tinta Limón.
- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueños.
- Souza, M. L. de. (2002). *Mudar a cidade: Uma introdução crítica ao planejamento e à gestão urbanos*. Bertrand Brasil.
- Walsh, C. (2009). *Interculturalidad, Estado, sociedad: Luchas (de)coloniales de nuestra época*. Universidad Andina Simón Bolívar / Abya-Yala.

